

SERMON

predicado en oposicion á la magis-
tral vacante en la metropolitana de
Mégico el 28 de noviembre de
1766.

Homo quidam fecit cenam magnam et vocavit multos. Lucæ, c. 14.

Si alguna vez manifestaron los soberanos del mundo su magnífica beneficencia: si alguna vez hicieron ruidosa ostentacion de su poder y amor para con sus vasallos demostrando á un mismo tiempo las riquezas de sus tesoros y lo tierno de su amor, fué ciertamente en aquel espléndido convite, que se refiere al cap. 1 de Estér. Queriendo el Rey Asuero manifestar á todo su reino la grandeza de su gloria, la magnificencia de su soberanía y poder celebró un espléndido banquete, á que convidó sin distincion á los principes todos, los esforzados capitanes Persas y Medos, y á todos los gobernadores de sus provincias á que parecieran en su presencia á celebrar en su compañía un real

convite por espacio de ciento ochenta dias. Pero no contento con esto queriendo dar mayores pruebas de su real benevolencia hace convocar á todo el infinito pueblo desde el mayor á las mas pequeño, para que juntos por siete dias gozaran de las grandes demostraciones de su real liberalidad. Todo allí era espléndido, todo grande: no respiraba todo sino alegría en los convidados, liberalidad en el Rey, grandeza y hermosura en el lugar del convite. Un hermoso jardin, destinado á la diversion de Asuero, y cultivado con sus propias manos, fué el lugar adonde todos fueron llamados: por todas partes se divisaban hermosas tiendas sustentadas en ricas columnas de marmol, lechos de oro y de plata sobre el suelo cubierto de esmeralda y jaspes en donde todos los convidados, sin escasez alguna, hallaban cuantos manjares y bebidas deseaba su apetito. ¡Gran liberalidad por cierto y magnificencia digna de un Rey el mayor por entonces y mas poderoso sobre la tierra! Pero ¡que corto, que pobre y que poco espléndido si se compara con otro mayor y mas noble convite que bajo la parábola de un rico hombre, nos describe el evangelista San Lucas al cap. 14 de su Evangelio! Un hombre, decia Cristo

á los fariseos en ocasion que su magestad les enseñaba el gran convite, que aguarda á los justos despues de esta mortal vida: un hombre, les decia, celebró una gran cena á que llamó y convidó á muchos; pero llegado el dia preparado para el convite, y puntualmente en la hora misma de él, tardando en llegar los convidados mandó á un siervo suyo que avisándoles estar ya todo dispuesto aceleraran su venida. Pero aquí fué donde todos ellos con diversos pretestos comenzaron á escusarse disculpándose para no asistir al convite. Uno decia: he comprado una granja, y no pudiendo faltar de ir á reconocer te ruego me escuses para con tu señor: otro decia: he comprado cinco pares de bueyes para el cultivo y labranza de mis tierras, y me es forzoso experimentar su fortaleza y si son proporcionados para la labor: otro en fin se escusó diciendo, que ocupado con las bodas que acababa de celebrar, y detenido con las caricias de la nueva esposa no podia asistir al convite. Al oír el Señor semejantes escusas, lleno de indignacion, ve, dice á su siervo, y corriendo por las calles y plazas de la ciudad que aquí los pobres é impedidos, los cojos y ciegos á ocupar el lugar de los convidados; pero

viendo que aun quedaban asientos, y que era corto el número á ocupar los lugares de los convidados le intima, que saliendo fuera de la ciudad por los caminos, por los campos, traiga, si fuere necesario valiéndose de la violencia, á cuantos sean bastantes para ocupar y llenar la casa del convite, concluyendo que todos los primeros convidados, que prestando escusas dejaron de asistir, se verian excluidos sin lograr ni uno de ellos el gustar una parte de su mesa.

Este es, señores, el tejido todo y la serie de la misteriosa parábola con que en el presente evangelio enseñó Cristo al fariseo, deseoso de la felicidad de los que en la resurreccion universal serán admitidos á aquel celestial convite: enseñó, digo, las singulares vocaciones con que el Señor sin distincion llama universalmente á todos á las delicias de su gloria. Y desde luego, ¿á quién no admira la inquieta solicitud y singular cuidado con que aquel hombre deseoso de franquear los regalos y abundancia de su casa convida á unos, y pareciendo que disgustado con sus escusas no cuidaria mas de admitir á otros á su convite, hace que su siervo saliendo por las calles y plazas conduzca á su casa á la mas pobre, mas despreciable, y

al parecer mas indigna gente de ser admitida en su compañía, y que no satisfecho hasta ver su casa ocupada y llena del todo toma la providencia de que pasando mas allá de la ciudad salga su siervo á los caminos á conducir ya con el ruego, ya con la violencia á cuantos sean bastantes á llenar el lugar del convite? ¡Rara solicitud digna de la mayor admiracion! Pero ¿á quién no asombra igualmente verle tan indignado contra aquellos primeros convidados que le obliga á decir públicamente que ninguno de ellos tendrá la menor parte en las delicias de su cena? Y qué ¿no alegaban estas excusas al parecer muy prudentes? ¿No respondieron cortesmente á la segunda llamada? Al uno le llamaban los intereses de su caudal en aquella granja, que en los dias inmediatos habia comprado é iba á reconocer. El otro diligente y dedicado con el sudor de su rostro á mantenerse en el egercicio de la labor, iba al campo á reconocer la proporcion de su nueva compra. El otro en fin, nuevamente impedido con el estrecho lazo de un lícito matrimonio se veia precisado á detenerse en su casa con la atención y cuidado de su familia: disculpas al parecer muy razonables y muy prudentes.

Pero á la verdad si quitando el velo de la parábola descubrimos el misterio que oculta: si buscamos atentamente la gran verdad que Jesucristo quiso enseñar con ella, dejaremos de admirar la solicitud y cuidado de aquel hombre, y cesaremos de asombrarnos de ver escluidos de su casa á los convidados defendidos al parecer con tan justas excusas.

Es aquel hombre, en juicioso sentir de San Gregorio, San Agustin y Teofilato, nuestro amante y misericordioso Dios, que á impulsos del ardiente amor con que para comunicarnos su infinita bondad nos llama á todos á aquella gran cena; grande por eterna, por llena de delicias y de placeres: á aquella gran cena, dice San Gregorio, que al fin del dia de la vida del hombre, pasados y acabados los trabajos del siglo, servirá al alma de eterno descanso: llamándonos, digo, á esta en todo tiempo, en todas circunstancias no perdona medio alguno, no omite la menor diligencia para conducirnos, valiéndose tal vez de una suave violencia, al convite celestial de su gloria. El para esta gran cena llama á todos: *fecit carnem magnam et vocavit multos*; como espone el comun de los intérpretes segun el frecuente uso de la escritu-

ra de significarlos á todos con el nombre de muchos. El llama en todo tiempo; llama desde el principio del mundo en que, preparando desde entonces la casa que habia de servir de lugar á esta celestial Mesa, comienza ya á demostrar los ardientes y vivos deseos de admitir á ella á todos: *fecit cenam magnam et vocavit multos*: llama despues cuando preparada la cena ofrecido Cristo en la cruz por la salud de todos manda á sus apóstoles vayan por todo el mundo penetrando las mas escondidas regiones á convidar á todos para esta cena: *Parata jam cœna*, dice San Agustin, *immolato Christo post resurrectionem Christi missi sunt apostoli*: llama universalmente aun á aquellos que ciegos por la culpa, débiles por las malas costumbres, pobres de todo mérito, atados con las cadenas de los vicios necesitan de poderosos y mayores socorros: *pauperes, ac débiles, cœcos et claudos introduc huc*: llama, en fin, no contento con las comunes inspiraciones, con las ayudas generales, hasta valerse de una suave y dulce violencia para atraerlos á las celestiales delicias: *Compelle huc intrare*; ¡ó qué motivo para nuestra confianza! ¡ó qué poderosa razon para alentar nuestra esperanza! Un Dios infinitamente

misericioso que ardiendo en deseos de llenar la celestial morada de aquellos á quienes haga participantes de su compañía y su gloria llama siempre: llama en todos estados, aun en el mas lamentable de obstinacion y ceguedad, y llama valiéndose de los mas poderosos y eficaces socorros de la gracia. ¡Pero oh! que este mismo Señor queriendo que no naufraguemos en el peligroso baxio de la temeridad, cuando parece caminamos seguros con el norte de su beneficencia, nos pone á la vista la gran solicitud con que debemos anhelar sin valernos de excusa alguna, para llegar al celestial convite á que nos ha llamado. ¿Luego de parte de Dios tenemos la mayor seguridad de llegar á ser del número de los que en su compañía ocupemos la casa destinada á su real casa? ¿Luego de parte de nosotros no hay excusa bastante á no seguirle siempre que nos llame? Y estas son las dos alas con que debe volar el alma á la casa preparada para su morada: confianza en Dios infinitamente deseoso y ocupado en traer á todos al lugar de sus delicias llamando siempre: llamando universalmente: llamando por todos medios y caminos; desconfianza y temor en escusarnos cuando él nos llama.

Esto fué lo que alentando nuestra confianza y confundiendo nuestra negligencia nos enseña Cristo en la parábola del presente evangelio, en la que no he podido menos que detenerme mas de lo que deseaba, y esta es la materia que me he propuesto demostrar. Verdad en la realidad muy importante; verdad muy solida; pero que á medida de su dignidad aumenta en mí el temor y la desconfianza. ¡Haber de ser esta la primera vez que tomo en mis labios la divina palabra para anunciarla públicamente y haber de ser en el teatro mas respetable, y de una materia que es como la basa fundamental sobre que estriba la seguridad de toda nuestra bienaventuranza! Y no dudo que á serme permitido en este puesto el disculparme, fuera esta la razon mas poderosa para que vuestra benignidad disimulara lo desaliñado é inculco de la oracion: espero, pues, que cuanto digere sean las verdades que mas derecha y naturalmente se deduzcan del evangelio confiado todo en el poderoso socorro de aquella Virgen Madre que dió carne al Señor soberano, que en forma de siervo vino á llamar á todos al celestial convite preparado por su divino Padre. Ayudadme á implorar su misericordia saludándola llena de gracia AVE MARIA.

Homo quidam &c.

A pensar (I. S.) á discurrir del hombre de nuestra parábola por solo aquellas circunstancias que se presentan á la primera vista, á no penetrar con las luces de la fé el fondo todo del misterio que encierra, ¿quién no juzgará aquel hombre, ó lleno de interes, ó poseido de una ciega ambicion deseosa de hacer ostentacion de su grandeza? Porque ¿cómo podia ser menos (asi creeríamos á la luz sola de la razon) que aguardará algun retorno de los convidados, quien muestra tanta indignacion al oírlos excusarse con unas tan razonables disculpas? Y cuando esto no fuese, al verle que lleno de furor envia á las calles y plazas á su siervo á que conduzca al convite cuantos pobres y enfermos encontrára en ellas, ¿quién no juzgará que pesaroso por verse solo y sin compañía, despnes de una prevencion tan magnífica, queria que cuando menos la plebe despreciable fuera testigo de su grandeza? ¿Qué atropellando su respeto admitia á su lado y daba su mesa á hombres por otra parte indignos de aquel lugar, para que ya que los primeros convidados habian dejado burlada su prevencion; hiciera gala de ella aun con los ca-

minantes y labradores, que habitaban fuera de la ciudad? Así, señores, juzgaríamos sin duda según las máximas del mundo sino supiéramos que en aquel hombre está figurado no otro que el mismo Dios deseoso de llevar á su casa, de admitir á su compañía y de hacer participantes de las delicias de su gloria á los hombres todos. Si, señores, Dios es quien con ardiente cuidado y admirable solicitud convida, llama á los hombres todos á aquel delicioso eterno y grande convite, que les tiene preparado en el cielo. Por eso, según refleja S. Buenaventura, la gloria de los bienaventurados se llama repetidas veces en la escritura, ya banquete espléndido, ya nupcias celestiales del cordero, ya cena y convite grande del mismo Dios. Así se llama muchas veces en el Apocalipsis, donde despues de haber S. Juan descripto la grandeza, magnificencia y hermosura de la celestial Jerusalem vió á un ángel que teniendo su asiento en el mismo sol clamaba convidando á todos al grande convite de Dios: *et vidi unum angelum adstantem in sole et clamavit voce magna omnibus abibus, que volabant per medium caeli: venite et congregamini ad cenam magnam Dei.* Ahora bien, esta solicitud, este cuidado no nace en un Dios infinito ó de

esperanza alguna de retorno, ó de deseo de hacer vana ostentacion de sus grandezas. Aquel que ya desde la eternidad colmado de infinitas perfecciones tenia en sí mismo toda su gloria, todo su esplendor, toda su grandeza no podia esperar retorno alguno de unas despreciables criaturas: *Si iusto egeris, quid ei donabis, et si male feceris quid noceris ei?* Esclama Job. ¿Quién es el hombre para poder retornar dignamente á un Señor de infinita grandeza, ó para disminuirle algun tanto de su gloria? ¿Qué contribuye al Señor la gloria de los mas encumbrados serafines? ¿La felicidad de todos los espiritus celestiales que no son otra cosa que una pequeña parte del infinito océano de la gloria de Dios? Ni podia ser que un ambicioso deseo de ostentar su grandeza moviera á estas solicitudes demostraciones á quien igualmente sin ellas manifestara su poder: el que es igualmente poderoso y grande, cuando destroza los cedros del Libano, y abate los cipreses mas encumbrados de Sion; que cuando levanta el polvo de la nada al pobre y miserable, se ostenta igualmente grande elevando á su trono á unos, y confundiendo hasta el abismo á los mas hermosos espiritus.

No resta, pues, otro motivo; no

queda otra razon que discurrir del grande empeño con que sin perdonar cuidado alguno solicita un Dios infinito llenar su casa de todos los que ha llamado á tan espléndido banquete, sino el ardiente amor y la inestinguible caridad que le ha obligado á tan finas y espresivas demostraciones. ¡Y qué amor, qué solicitud tan sabida de todos, y tan imposible de ponderarse dignamente! El mismo Dios que en sus divinas escrituras, casi en cada cláusula, casi en cada linea, en cada palabra, está significando este ardiente deseo, parece que no halla espresiones correspondientes á esplicar su grandeza. El se vale de las mas tiernas y finas semejanzas para hacernos conocer cuanto solicita y cuanto, por decirlo así, se afana y se fatiga por conducir á todos á aquellas celestiales delicias. Ya se figura un sol benéfico que corriendo desde el oriente hasta el ocaso penetra los rincones mas escondidos alentando y calentando justos y pecadores. Ya se nos presenta en una fiel y vigilante atalaya que sin perdonar dia y noche está en no interrumpida vigilia para prevenir los asaltos, para acechar al enemigo, para guardar los puestos, para precaver los riesgos hasta poner segura la ciudad santa del alma para que sea digna morada del

Rey soberano. Ya como un vigilante obrero de una viña que planta, que riega, que poda, que dirige su vid hasta conducir la al tiempo que lleve suaves y maduros frutos. Pero ¿para qué canso vuestra atencion con semejanzas tan comunes y sabidas? Baste decir que este mismo Señor aquí es madre, que concibe, que alimenta, que cuida sus tiernos hijos lamentándose aun de su mas pequeña desgracia: allí cuidadosa ave que bajo de sus mismas alas fomenta sus tiernos polluelos: aquí es padre: allí es hermano. Allí finalmente con tiernas cláusulas nos llama ya su razon, ya las pupilas de sus mismos ojos. ¡O qué espresiones, señores, tan finas y tan amorosas, increíbles ciertamente en un Dios, á no obligarnos á confesarlas la misma fé. Pero por otra parte ¿cuánto nos muestran ellas un Dios solícito, un Dios cuidadoso, un Dios afanado por nuestra salvacion? Siendo tantas, como ya sabeis, y tan grandes las demostraciones de un Dios todo amor en muestra de esta solicitud para llamarnos á su gloria, discurremos por aquellas mas raras y singulares que la parábola del evangelio nos está demostrando en aquella breve cláusula: *fecit cenam magnam et vocavit multos.*

Habreis ya reflejado la inquieta solitud y cuidadoso desvelo que pide por su misma naturaleza la preparación de un convite: porque no dirigiéndose este tanto á la grandeza del don, quanto á expresar el amor y la benevolencia para con los convidados; quanto es mayor señal de fineza; tanto aumenta el cuidado y la diligencia. Aquel mismo que quizás sin desvelo alguno mostrará su grandeza en un precioso don, este mismo ¡cuánto se desvela, cuánto se afana, como no sosiega en la anticipada prevención del convite hasta que llegando el día destinado goce con los demas no tanto de los manjares para ellos prevenidos, quanto de su compañía y familiaridad! Por lo que no contento con franquear abiertamente sus tesoros para la disposición de los manjares, él mismo determina su número, escoge su calidad, ordena su distribución destinando para esto á los domésticos más fieles y más diligentes familiares; él convida, él cita y convoca ocupando en esto con antelación los días y los criados. Pero llegado el día, acercándose la hora destinada ¡quién basta á explicar las inquietudes, los sobresaltos por este que tarda, aquel que se detiene? Y no contento con el primer aviso á la hora misma despacha á sus

siervos, culpando la tardanza, no tanto por la dilacion de los convidados, quanto por lo ardiente de sus deseos. Pero aquí es igualmente donde manifiesta lo ardiente de su deseo en la complacencia con que recibe á los que llegan, como en el disgusto é inquieta desazon con que siente la falta de los otros. Ni las excusas del uno, ni las disculpas del otro, aunque al parecer muy razonables, son bastantes á mitigar un tanto su desabrimiento, porque ni unas ni otras satisfacen á su deseo. No culpeis, señores, de demasiado prolija ó agena de este puesto una descripción de que el mismo Jesucristo se vale para darnos á conocer el ardiente deseo con que anhela nuestra salud. El Señor, que como ya insinuabamos, ni espera retorno alguno de sus criaturas, ni necesita de ellas para ostentar su gloria; el mismo Señor, digo, allá desde su eternidad se ocupó en prepararnos el celestial convite á que habia en algun tiempo de llamar á todos. ¡O! y cuánto beneficio en esto solo! ¡el mismo Dios ocupado en preparar al hombre las celestiales delicias á que habia en algun tiempo de admitirlo en su compañía! ¡y que delicias! no perecederas, ni limitadas, sino eternas, sin fin, sin mezcla de sinsabor, ni

amargura. En una palabra, delicias que no fueran ménos que el mismo Dios: *fecit cœnam magnam*. Ojalá, y sin apartarme un punto de mi propuesto asunto, pudiera detenerme en demostrar cuánto sea el amor de este Dios soberano en sola esta preparacion. Preparacion de un convite que ni han visto los ojos, ni ha llegado á los oídos, ni aun se ha atrevido á concebir la mas arrojada fantasia: *quod nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit*. Preparacion de un convite que ni el apóstol de las gentes arrebatado al tercer cielo, ni el discípulo amado que mereció escuchar de la boca de su divino maestro las mas escondidas verdades, acertaron bastantemente á explicar.

A este convite, pues, tan soberano, tan divino, tan sobre toda inteligencia llamó el Señor á todos: *vocavit multos*. Y aquí empieza, señores, á manifestar su solicitud en muestra del ardiente deseo con que procura llevar á todos al goce de tantos placeres. Si pudiéramos dar una ojeada, y presentarnos á la vista esta vocacion de todos tiempos con que desde luego, que preparado el convite, y sacando al hombre de la nada, procuró conducirlo á sí, viéramos como en un

breve mapa á un Dios ocupado en todos tiempos en llamar á los hombres sin omitir diligencia alguna por colocarlos en su misma morada. Desde el primer tiempo, que corrió desde la ley natural hasta los principios de la escrita ¿qué no hizo obligado de este deseo solo á fin de que llamado el hombre siguiera sin escusa esta vocacion? A cuantas partes volviéramos los ojos, adónde quiera que aplicáramos la atencion no veríamos entre todas las criaturas sino otros tantos mudos ministros que, aunque insensibles, elocuentemente le intimaban la vocacion de su Señor. Porque ¿qué hora, dice el gran padre San Gregorio exponiendo el cap. 20 de San Mateo, qué hora, qué tiempo del mundo dejó el Señor de proveer á la mística viña del alma de operarios proporcionados á su cultura? *ad erudiendam ergo Dominus plebem suam, quasi ad escoldendam vineam suam, nullo tempore destitit operarios mittere*. Porque no bastando el hombre debil y sin poder por sus propias fuerzas á acercarse por sí solo al celestial convite, á que desde su creacion le habia llamado; le proveyó en su misma condeñcia, ayudada de las celestiales inspiraciones, de un constante y vigilantísimo ministro, de un interior le-

gislador que continuamente le intimara los caminos por donde habia de enderezar sus pasos á la morada adonde desde su creacion habia sido llamado. Mas abusando el hombre de este medio, no pareciéndole bastante aun aquella vocacion, añade el Señor segunda mas fuerte, mas viva y mas poderosa. Parece que cada dia, al paso que se resistia el hombre á las vocaciones de aquel padre amoroso, se aumentaba en el Señor el deseo, crecia el cuidado de llamarle á su primer destino. Determina darle escritas de su misma mano leyes y preceptos con que pudiera mas facilmente vencer aquella resistencia con que tantas veces se habia escusado de venir al Señor, y entonces comenzaron á aumentarse los prodigios, entonces á cada paso los milagros á fin de dirigir sus pasos y quitarle de enmedio cuantos estorbos podian impedirle el mas facil camino hasta la casa de aquel Señor que le habia llamado. Entonces fué cuando por concurrir á este designio, olvidadas las aguas de su natural fluidez, se formaron en firmes columnas para dar paso á aquellos escogidos. Entonces fué cuando brotaron agua las secas peñas, cuando el fuego les servia de luz de noche, y de sombra de dia. Entonces cuando el cielo

llovió un sabroso alimento con que fortalecerlos á un mismo tiempo, y satisfacer su apetito.

Mas nadie admirará que aun las criaturas insensibles concurrieran maravillosamente á conducir al hombre hasta la casa de aquel Señor, que por todos estos medios le convidaba, si refleja que al mismo fin envia profetas, quienes ilustrados superiormente publicaran á las gentes los mas ocultos designios de la Providencia, confirmándolos con las mas prodigiosas señales y extraordinarias obras de su poder. Y bien cuando las criaturas insensibles asi maravillosamente obedecen al gusto y comodidad de aquel pueblo; cuando Dios sin reservar sus mas escondidos secretos los comunica francamente á los hombres; cuando aun en cierto modo hace partícipes de su omnipotencia á un Moyses, á un Josué, á un Elias, á un Eliseo no pretende otra cosa, no anhela sino á valerse de estos mismos medios para conducir á su casa á los que habia llamado: para conducirlos, digo, á aquella tierra de promision, á aquella su propia patria donde les tenia preparadas las dulzuras de la miel, y suavidades de la leche, figura la mas expresiva del celestial convite torrente de delicias y de

placeres: *torrente voluptatis tuæ potavisti eos.* ¿Y podría por ventura hacer Dios mas para significar cuanto deseaba el verlos admitidos por último á su casa? *Quid ultra debui facere:* se quejaba amorosamente el Señor por Isaías. Así se quejaba aquel Señor despues de haberles acordado la muchedumbre de beneficios que hemos tocado con la satisfaccion de que no habria quien le pidiera mayor demostracion de su ardiente amor. El le habia manifestado con prodigios, con increíbles maravillas, y con llegar por último á comunicar en algun modo al hombre los tesoros de su sabiduria en la noticia de sus secretos, y su omnipotencia en la virtud de hacer milagros. Solo faltaba una cosa; pero tan grande, tan sobre toda imaginacion, que no podrian, no digo desear, pero ni aun concebir las mas sublimadas inteligencias. Esta era que el mismo Dios no ya valiéndose de las criaturas como ministros suyos, sino en su misma persona viniera á llamar á los convidados, y viniera no como quiera, sino abatido, anonadado, tomando la forma de siervo de su mismo padre á intimar á los hombres, que era ya llegada la hora del convite. Y ved aqui, señores, hasta donde pudo llegar el ardiente deseo de aquel

Señor, que conociendo no habia bastado convocarlos con tantas demostraciones de amor y ternura llegada la hora de la cena mandó el último aviso á sus convidados intimándoles que ya era hora: *et missis servum suum hora cœnæ dicere invitatis, ut venirent.* ¿Y qué siervo? uno tal que diera la última demostracion del ardiente amor de aquel Señor para con sus convidados. El mismo Dios que en calidad de siervo se abatiera con los hombres hasta adonde, si la fé no nos lo enseñara, lo tuvieramos por necia imaginacion.

Pero ¿á qué no se arroja Dios (no censureis la espresion, que es puntualmente la misma de que usa atónito San Cirilo sobre este lugar) á qué no se abate Dios como ello conduzca á nuestra utilidad y salvacion? *quo se non conjicit Deus ut aliquam procurandæ salutis, et utilitatis nostræ occasionem inveniat: iste servus qui missus est ipse Christus est.* Quan vivo es sin duda el deseo en que se abraza de llegar á ver finalmente sentados á su mesa gozando suavísimas delicias á los mismos que antes por diferentes medios habia llamado, cuando toma por último el medio mas raro haciendo á su mismo-hijo que á la hora de la ce-

na avise estar ya todo preparado: medio en la realidad no menos extraordinario, que conducente á mostrar quanto anhelaba aquel Señor por admitirlos á su mesa. ¿Hubiera acaso mostrado mayor ó igual solícitud de nuestra salvacion, si su divino hijo lleno de aquel esplendor y magestad que hace temblar á los mismos serafines hubiera presentándose á los hombres á darles el aviso de que ya era llegada la hora? antes bien me parece, que atemorizados los convidados, llenos de horror y respeto se hubieran retirado no siendo capaces de escuchar el mensaje de aquel enviado. Por eso pues deseoso solamente de darles el mas oportuno, é importante aviso: quiere que su hijo se abita hasta poder familiarmente conversar con los hombres intimándoles el deseo de su celestial padre. Ahora si que esclamará Dios sentido á los que infieles resisten á esta última llamada, no solo, que otra cosa debia hacer: *quid est quod ultra debui facere?* sino aun con expresión mas significativa: que otra cosa pude hacer: que otra cosa faltaba, que otra cosa podia un Señor infinitamente sabio y poderoso, un Señor ardiendo en vivas ansias de derramar sobre nosotros la abundancia de sus delicias: que enviar á su

mismo hijo? ¿Qué anonadar al mismo Dios para llamar á aquel convite? Imaginaos, señores, con una comparacion bastante vulgar, pero del mayor peso, no ya que un Dios al hombre, sino que este mismo hombre llegase á tal felicidad que pudiese ofrecer á Dios en su morada un convite digno de su magestad, ¿podria hacer otra cosa, anhelando por aquella hora en que habia de llegar el Señor á su casa, mas á llenarle, á colmarle de bienes, que á gozar de su mesa? ¿podria hacer mas que anonadarse, que ocultar la forma de hombre bajo la forma del mas despreciable insecto, para mostrar lo eficaz y vivo de sus deseos? ¿Y ¿ó que distancia tan grande! quanto va de Dios al hombre, de un convite en que se interesaba el hombre á otro de que, como firmemente creemos, Dios ni espera algun retorno, ni necesita de él para la manifestacion de sus grandezas. Y entonces fué puntualmente cuando se comenzó á conocer mas claramente la segunda maravillosa circunstancia de la divina vocacion, no solo universal en todos tiempos, sino general á todas las personas, porque dando el Señor la última y mas relevante prueba con enviar á su hijo en traje de siervo á dar el último avi-

so á los convidados del infinito desvelo con que procuraba traerlos á su convite, determinó que fuera su mismo hijo, quien á costa de los mas preciosos tesoros preparara por último la grande cena que ya desde antes habia dispuesto su Eterno Padre: *missit servum suum hora coenae dicere invitatis ut venirent, quia jam parata sunt omnia.* Para esto á costa de su misma vida instituye los sacramentos, nos deja el infinito precio de sus méritos. Y para darles á entender cuan dulce y suave sea el convite que les prepara en la triunfante casa de su Eterno Padre les deja una firme prenda para asegurarlos en el convite de su sagrado cuerpo y sangre. Por eso cuando el Salvador del mundo instituyó este convite de su cuerpo, prenda de aquel eterno á que los llamaba, les aseguró no gustaria mas de aquella celestial bebida hasta beberla en su compañía en la casa de su Padre: *non vivam amodo de hoc genimine vitis usque in diem illum cum illud vivam vobiscum in regno Patris mei.* ¿Y cuántos beneficios en esta vocacion del siervo del Padre tan universal á todas las naciones, y especialmente á los cristianos todos? Porque no reducidos ya los celestiales prodigios al recinto solo de la Judea, y pequeño pueblo

blo escogido de Israel, penetran sus voces hasta las naciones mas remotas de todo el mundo.

Bien conozco que á cada paso ofendo quizá la grandeza de tantos beneficios, cuando discurriendo tan pasageramente, no he llegado, no digo á ponderarlos; pero ni á numerarlos todos. ¿Mas quién pudiera comprender en una sola oracion las poderosas muestras de un Dios todo ocupado en nuestra salvacion, cuando cada una de ellas necesitaba la atencion mas prólija? Apliquemos la nuestra mas ceñidamente á los últimos esfuerzos de la divina solicitud despues que envió con su mismo hijo en traje de siervo el último aviso á la pérfida sinagoga. Porque escusándose estos infieles á la vocacion de Jesucristo que con la mayor claridad les intimaba estar ya todo dispuesto segun las predicaciones de la escritura para el convite: determinó Dios, como si la repulsa de aquellos fuera el mas agudo estímulo que avivara su deseo, de enviar ministros suyos que convocaran á todos sin eleccion de personas, sin distincion de lugares, sin omision alguna de medios para ocupar el lugar que los primeros habian reusado. A este efecto despacha á sus siervos ilustrados con su doctrina, arma

dos con su mandato, confirmados con su virtud para que divididos por las calles y plazas, por los caminos y cercas de esta gran ciudad del universo llaman así á los pecadores y débiles contenidos dentro del gremio de la ciudad, como á los gentiles é idolatras separados, y apartados de ella: *exi in plateas et vias civitatis et pauperes ac debiles introduce huc: exi in vias et sepos et compelle intrare.* ¿Qué parte del mundo hubo tan distante, qué nación tan remota, qué provincia tan escondida, donde no llegaran los siervos de este á intimarles de su parte aquel convite? Convidó Santiago después del mismo Jesucristo y señaladamente entre los demás apóstoles á los habitantes de Jerusalén, cátedra hasta entonces de la verdadera religion; corrió San Pedro á Roma; cabeza y asiento de la idolatría. Pasaron á la Etiópia, á la India y á la Persia; San Mateo, Santo Tomas y San Judas, naciones las mas apartadas de la verdad y envueltas en la gentilidad y superstición; y aquí es preciso volver sobre nosotros mismos á pensar maduramente el empeño y solicitud con que después de la primera repulsa no desiste; antes bien mas se aplica á llamar á su mesa con mayo-

res y mas singulares demostraciones.

Esto á la verdad dá á conocer bastante-mente un amor y solicitud, que no midiendo por las reglas comunes, sobrepuja desmedidamente á toda esplicacion. Hace ofertas de sus dones, es caracter de abiertamente sus tesoros; es caracter de ánimos reales y generosos; pero que á repetidas escusas; despreciada la autoridad, desestimados los dones, burladas las diligencias con que por sí y por otros intenta hacerlos partícipes de sus grandezas; sin otro fin que beneficiarlos; despues de todo se aumenta su amor; y como de nuevo comiece mas eficaz su solicitud; es un afecto de finísima benevolencia tan incomprendible como el mismo Dios. Incomprendible por la graduacion y constancia de su fineza; y no menos incomprendible por su estension y universalidad. Ya lo habeis oido en las espresiones del Evangelio; llama, como digimos, á pobres y débiles; cojos y ciegos. Pobres, dice San Agustín; sobre este lugar, circunstancia que comprende universalmente á todos los fieles; porque pobres todos de méritos; para ser admitidos á tan celestial convite, no hallan en sí prendas bastantes para atreverse á entrar á la casa de él sino son superiormente conducidos:

Pauperes introduc huc. Ciegos otros con las espesas tinieblas de sus culpas, ignorando el camino de la real casa del convite. Aprisionados otros estrechamente con los fuertes lazos de sus pasiones, sin dar un paso, sin moverse ácia esa misma casa. Otros en fin debiles por las viciosas costumbres, estragado el gusto con las amargas viandas de la tierra, perdido el apetito de los celestiales manjares. Pero ni en los unos la ceguedad, ni en los otros las pasiones, ni en estos la pobreza, ni en aquellos la debilidad, son bastante á retraer á un Dios tan amante de llamarlos, admitirlos é introducirlos en la casa de sus delicias. Para eso alumbrá á los unos ya con celestiales inspiraciones, ya con consejos, ya con exemplos, abriéndoles los ojos para que vean distintamente el camino que va derechamente á su real casa, desatando y rompiendo las prisiones para que puedan libremente seguir este camino. Enriqueciendo á otros de tesoros inmensos á costa de infinito precio, y convirtiendo á los demas en amargas todos los placeres mundanos, para que lleguen á gustar la suavidad de los celestiales.

De este modo, señores, se porta nuestro Dios deseoso de comunicarnos á

todos parte de sus grandezas, sin que haya ó nacion alguna, ó estado, ó persona que pueda con verdad decir que no ha sido llamada. Podrian quizá tener alguna disculpa los impedidos de nuestra parábola, si llamados solo, si convidados por el Señor no hubieran al mismo tiempo tenido un siervo fiel, diligente, que los dirigiera, que los condujera y que, llevándolos de la mano, los introdujera hasta la casa misma del Señor. Pero no, no sufría aquella ardiente caridad, aquel solícito desvelo de verlos por último sentados á su mesa, el omitir esta diligencia: *exi et introduc eos:* ni yo sé, al considerar esta solícita providencia, á que grado llegaría de monstruosa ingratitud, quien se atreviera á buscar ó en su ceguedad, ó en sus pasiones, ó en su debilidad, ó en sus arraigadas viciosas costumbres disculpas para no hallarse presente á aquel celestial banquete. Porque el Señor ha sido quien, á esfuerzos de su grande solícitud, da luz al que no ve, y desata al oprimido, da fuerza al débil y hace gustar anticipadas las delicias de su divina casa; pero si acaso se hallára alguno á quien no bastando el convite, no bastando los ruegos, se resista aun á aquellas mas poderosas inspiraciones, á aquellos

eficaces egemplos que casi en peso le van conduciendo y llevándole por la mano hasta introducirle en la gloria: sabe el Señor usar con estos de otros medios, ásperos si al parecer, pero de mayor eficacia. No lo vemos en el solícito hombre de nuestro evangelio, como no segando hasta ver ocupada su casa de los que desea llenar de sus delicias, no bastando otros medios, le dice á su siervo, y pues que mi convite no ha bastado, pues se han negado al ruego; trae los aquí valiéndote de la violencia, obliguelos la fuerza á lo que no han alcanzado las súplicas: *compelle huc intrare*: y por esta última circunstancia de valerse Dios de todos medios, quien es capaz á comprender cuanto demuestra su amor y desvelo, porque cuando aquel Dios que, como hemos dicho, parece que no anhela, que no se ocupa en otra cosa que en nuestro bien, cuando aquel que no se deleíta en nuestras penas, llega á descargar los golpes de su tribulacion sobre nosotros, no intenta sino obligarnos así, violentarnos en cierto modo á que le sigamos: *compelle huc intrare*: los males todos, las tribulaciones, los trabajos que tanto nos oprimen, son otros tantos ministros de Dios, dice San Gregorio el

grande esponiendo este lugar, que nos violentan á seguir su llamamiento: *mala, que nos hic premunt, ad calum ire compellunt.*

Llegando aquí se completó la hora, que es el tiempo asignado á estos sermones de oposicion y por eso no está concluido.